



Adolfo Colombres

MITOS Y CREENCIAS EN LA ARGENTINA PROFUNDA

CARACTERIZACIÓN Y TESTIMONIOS



La muestra distribuida por la editorial

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
1 ENSAYOS DE CARACTERIZACIÓN	13
LA PACHAMAMA	14
EL POMBERO	17
LA MULA ÁNIMA.....	21
EL RUNA-UTURUNCO	24
LAFQUÉN TRILQUE	27
MÁYUP MAMAN	29
EL BASILISCO	31
LA PERICANA	33
LAS BRUJAS	35
EL DUENDE	38
LA UMITA	41
LA VIUDA	42
EL LOBISÓN	45
EL UCUMAR	47
EL SÚPAY	49
EL IVUNCHE	52
LA SOLAPA	54
CUFALH	56
EL PATÓN	58
YASÍ-YATERÉ	60
CAÁ-PORÁ	63
EL COQUENA	65
HUAYRAPUCA	67
EL CACHIRÚ	69

EL SACHÁYOJ	70
ELAL	72
EL MIKILO	75
TEYÚ-YEGUÁ	77
EL CHIQUI	78
NGÜRUVILU	80
EL LLASTAY	82
CAPITÁ CHIKÚ	85
HUAYRA MUYU	88
EL SOMBRERUDO	90
LA PESADORA	92
TOKJUAJ	94
LOS YÓSI	96
EL BARCHILA	98
METZGOSHÉ	100
AHÓ-AHÓ	103
EL FAMILIAR	105
2 RELATOS TESTIMONIALES	109
EL RUNA-UTURUNCO	110
EL TÍO FELIPE Y EL CKAPARILO	112
EL DUENDE	114
LA MULA ÁNIMA	116
EL LOBISÓN	117
3 PROPUESTAS DE TRABAJO PARA EL AULA	119
BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA	123



PRÓLOGO

El mito es la capa más profunda y cargada de sentido del pensamiento simbólico. Está lejos de ser una ficción deleznable, una mera superstición, como parece surgir del lenguaje corriente, abonado por la mirada que el racionalismo occidental siempre promovió, desvalorizando lo percibido por los sentidos, considerándolo ilusorio, no científico. El hombre, más que un animal racional, es un animal simbólico, tal como lo definiera Ernst Cassirer, y el mito es para quienes lo vivencian una *vera narratio* (narración verdadera), como ya lo advirtiera Vico en 1725.

La ciencia niega la existencia de los mitos o intenta redimirlos mediante un abordaje racional, tal como hicieron el estructuralismo, el psicoanálisis y otras teorías, lo que implica desconocer la autonomía de esta forma de conocimiento, que debe ser vista más bien como alternativa o complementaria del pensamiento analítico y no como una “razón” sospechosa y enmascarada, a la que hay que desmontar con esquemas lógicos binarios o de otro tipo para poder sacarle alguna enseñanza útil.

Mircea Eliade señala que los mitos no son creaciones irresponsables de la mente, sino que responden a una necesidad y cumplen una función. Es que el mito no significa el fin de la razón, y tampoco es la instancia que la precede, algo que nos vincula a la infancia de la humanidad, según han planteado algunos autores, entre los que se cuenta Hegel, sino otra forma de conciencia más ligada a las pulsiones de la vida, que ilumina zonas de la realidad que la razón no alcanza o explica pobremente.

El mito, al igual que el arte y la literatura, sus hermanos, es una vivencia cargada de emociones, no la fría comprensión o intelección de la misma. Decía Georges Gusdorf que sin el mito la razón permanecería flotando en un mundo de abstracciones, desconectada de la existencia. Es que el mito no se despliega fuera de lo real. Por el contrario, se presenta más bien como un modo de situarse en este plano, en la medida en que instala paradigmas en la cultura y prescribe las acciones rituales que habrán de escenificarlos. Tanto las cosas como los actos devienen reales solo cuando se remiten a arquetipos conocidos y reconocidos como valiosos por una sociedad determinada. Toda acción que se sustrae a los paradigmas de la cultura sin fundar uno nuevo es un gesto condenado a caer en el vacío y la insignificancia. La aventura humana pasa por la significación del mundo, por otorgar un sentido preciso a las cosas y a los actos, y en este aspecto el aporte del mito resulta primordial, en cuanto constituye la más depurada expresión de la imaginación y el deseo. De ningún modo propicia una evasión de la realidad, sino que, por el contrario, enseña al hombre no solo a soportarla, sino también –y esto es lo más importante– a maravillarse de la misma, a amarla y comprometerse con ella. Sobre dicha base se puede afirmar que



los seres mitológicos son paradigmas que ayudan a aprehender el mundo y cumplen funciones sociales nada irrelevantes.

Todos los seres sobrenaturales que integran este libro pertenecen a Argentina, aunque a varios de ellos se los encuentra también en los países vecinos, con las mismas o diferentes connotaciones. Muchos de ellos ocupan un lugar destacado en la religiosidad de los grupos indígenas, extendiéndose en algunos casos al sector mestizo. Con un criterio antropológico que deja a un lado la cuestión de la existencia de otros mundos después de la muerte, podríamos hablar más bien de una zona sagrada de la cultura, donde se radican, a fin de cultivarlos especialmente y preservarlos, los valores fundamentales de la misma. Eliminar dicha zona es dejar a la cultura sin huesos, convertida en una pasta amorfa, moldeable al gusto de la cosmovisión dominante. Así, entre los mbyá-guaraní, el universo religioso ha funcionado hasta la fecha como el más poderoso bastión de su resistencia cultural, donde se encuentra todo lo hermoso que este pueblo tan antiguo alcanzó a crear, relatos y concepciones que resplandecen como un sol en medio de la pobreza extrema que signa su vida. Prefieren librarse a la poesía de la búsqueda de la Tierra Sin Mal, siguiendo las huellas de Capitá Chikú, que incorporarse al triste espectáculo que brinda hoy Occidente. Esta civilización ha sacrificado sus mitos clásicos a fin de instaurar el reinado de la razón (su razón), y terminó rindiéndose al fetichismo de la mercancía, consagrándose a mitos de hojalata y luces de neón que carecen de toda dignidad, motivo por el cual Georges Balandier los ha calificado de “signos descartables”.

La palabra “perro” no muerde, decía Aristóteles desde su atalaya racional, pero cuando nos sumergimos en el territorio del mito basta una palabra para desencadenar los mecanismos del terror, y hay por eso seres que jamás deben ser nombrados. Es que nos cuesta reconocer que las estructuras del imaginario puedan llegar a ser más reales que la mayor parte de los actos y seres que pueblan el mundo fenoménico, porque, como se dijo, es la fuerza del sentido, y no la mera existencia física de algo, lo que delimita el campo de lo real.

Seres imaginarios que, como tales, escapan al rigor de las leyes biológicas y físicas, pueblan no solo la noche con sus misterios, sino también la plena luz del día, sin que el progreso tecnológico haya podido aún acabar con ellos, pues sus frutos están lejos todavía de calmar todos los miedos ancestrales del hombre y colmar sus esperanzas. Viven en lo más profundo de la conciencia colectiva, allí donde se urde la trama de la identidad. En este último sentido resulta curioso comprobar que en un país como Argentina, en el que tanto arraigo alcanzó la cultura occidental, son muy escasos los seres mitológicos que deben algo a la misma, y que incluso esos pocos casos (el Familiar, el Basilisco, el Lobisón, las Brujas) no tienen entre nosotros la misma apariencia ni igual leyenda, ni cumplen similar función.



Cabe reconocer que entre los 42 seres que integran este libro, no todos pertenecen verdaderamente a un orden sagrado. Varios de ellos nacieron y se desarrollaron fuera de toda religiosidad, y otros probablemente formaron parte en un principio de un universo mítico bien estructurado y se desprendieron luego de él, iniciando un proceso de desacralización que los convirtió en seres más legendarios que míticos. No obstante, aquí usamos la palabra “mito” para referirnos a ambos fenómenos por igual. Entre los seres legendarios, no todos pertenecen a lo que Félix Coluccio ha llamado “la fauna del terror”, pues cumplen diversas funciones.

En los procesos de mitogénesis, las más secretas y profundas pulsiones de una sociedad son abstraídas y antropomorfizadas. Aunque la imaginación popular apele para caracterizar a un ser a las formas conocidas de los animales, las plantas y hasta de los minerales, le transferirá siempre algún atributo humano, ya sea en su aspecto físico o en lo moral, lo que constituirá el vínculo, el signo, la representación: el animal que mira, piensa, siente o actúa como un hombre; el monstruo que incorpora alguna parte del cuerpo humano a su morfología, o adopta al menos algunos de sus gestos; o la figura antropomorfa con horribles deformaciones que la convierten en temible y repugnante.

Lo común en la vida real es que el bien y el mal convivan en mayor o menor grado en una misma persona. Los actos inspirados en un ideal de bondad y pureza o que benefician claramente a los humanos se personifican en deidades benignas, mientras que los que aparejan males de cualquier tipo al alma, el cuerpo o la existencia social, originan los seres malignos. Ambos tipos de personajes establecen entre sí una relación antagónica que modela el orden cósmico, el que nunca es del todo estable, pues buena parte del mismo se decide cada día en esta puja de fuerzas. Aunque la guerra parezca sin cuartel, en el fondo se asemeja a una rivalidad institucionalizada, pues ambos contendientes comulgan en un mismo espíritu, comparten un sistema único. No solo se establecen treguas y se reconocen territorios en una especie de pacto caballeresco, sino que se transvasan métodos. Dioses creadores y benignos resuelven de pronto aniquilar a la humanidad, y lo hacen con una saña o una despreocupación que estremecería a un demonio. Y viceversa, encontramos a menudo entes malignos volubles que, cediendo a una promesa, una tentación o a la vanidad del culto resuelven beneficiar a un mortal, ayudándolo a salir de un trance difícil o a obtener éxito en una empresa sin pedirle nada a cambio.

Vemos así que la diferenciación entre el bien y el mal se quiebra bajo la dialéctica de lo real, pues todo tiende a resolverse en una síntesis que es un regreso a lo concreto, un anclaje en la naturaleza humana. Más fácil resulta, por eso, en la mayoría de los casos hablar de seres predominantemente benignos o predominantemente malignos, y no de personajes que hacen solo el bien y otros que tan solo aparejan males. Otras



veces, todo parece quedar librado a un capricho impredecible de la deidad, a razones inescrutables que el hombre no trata de comprender, y menos aún de discutir. Hay asimismo seres que protegen a las personas a la luz del día, pero que al caer la noche asumen las características de los seres maléficos, sin que existan más motivos para explicar esta mutación que el viejo terror humano a las tinieblas, que torna sobrecolector en la oscuridad lo que no nos turba en otra hora. Hay también seres que pueden castigar de un modo terrible a alguien, pero en defensa de los valores sostenidos por el grupo social, como ocurre con los entes tutelares de las especies animales y vegetales, los que suelen oponerse con drásticos métodos a su depredación desmedida. Estos seres imaginarios se revelan a la postre más eficaces que nuestras leyes relacionadas con el medio ambiente, que son más burladas que cumplidas.

Cuando mitos que persiguen fines de gran importancia para una sociedad son descalificados por los sectores dominantes bajo el rótulo de “superstición”, no podemos menos que preguntarnos por el origen de este concepto, *superstición*, y la validez del sentido con que se lo utiliza. Se podría afirmar que surge de ciertos absolutismos religiosos y se consolida posteriormente con la tendencia racionalista, tanto de derecha como de izquierda. Todo lo que no se amolda a la estrecha concepción occidental de lo que es naturaleza, ciencia y razón termina en ese cajón de sastre. En lo que atañe al instrumento de la razón, se sabe hoy que todos los hombres forman una sola especie, desde que las diferencias raciales y culturales no han probado nunca la tesis de que las facultades mentales básicas varían de un caso a otro. Ya hace mucho la antropología descartó la teoría de la “mentalidad prelógica” de Levy-Bruhl (de la que él mismo se retractó antes de morir), que conducía a extremos peligrosos, por más que hubiese en ella aspectos rescatables, como la idea de que no todos los procesos mentales están sujetos a las mismas leyes, pues esto nos obliga a buscar en cada circunstancia los principios sobre los que funciona una cultura determinada, sin reducirla a otras estructuras lógicas. Porque si bien, en líneas generales, la razón, en cuanto facultad de entender, es única, las ideas lógicas varían de acuerdo a los valores culturales de cada pueblo y su experiencia histórica de aprehensión del mundo. Aun dentro de cada sociedad encontraremos mentalidades diferentes, que experimentan lo real de un modo particular y lo explican con otras ideas lógicas. Esta estrecha relación entre el mecanismo racional y los sistemas concretos de valores sobre el que aquél actúa ha llevado a hablar a algunos filósofos de “racionalidad regional”. En otros términos, nada es racional o irracional por su propia naturaleza, sino en función de un orden valorativo particular. Cada cultura sitúa tanto a los objetos como a las conductas en una jerarquía que le es propia, y solo en relación con ella se podrá determinar la racionalidad o irracionalidad de un acto. Siempre lo racional pasa por sacrificar un valor considerado inferior para preservar otro que se considera superior.



Así como ocurre con otras religiones dominantes, para el enfoque cristiano *superstición* es todo aquello que no puede ser reducido a los términos de su doctrina, de manera que desterró lo que restaba de ellos al campo exótico de la antropología y el folklore. Pablo Fortuny, quien además de ser uno de los padres del folklore argentino era sacerdote, decía que hay superstición cuando se rinde un culto divino a quien “no se debe” (la Pachamama, por ejemplo), o a un ser debido (solo los del cristianismo, desde ya) pero de un modo indebido, que no se ciñe a las normas del culto oficial, con lo que se condena en nombre de la ortodoxia a las más ricas manifestaciones de la religiosidad indígena y popular. Así instrumentado, el concepto de *superstición* resulta un mecanismo de dominación cultural.

Rige este libro un propósito de caracterización, por lo que describiremos el aspecto y las costumbres de los seres, y señalaremos los valores que estos defienden o atacan, plano que se relaciona con su función. Añadimos en la mayor parte de los casos, breves textos tomados directamente de la oralidad o de autores argentinos que escribieron relatos a partir de un mito. Dichos textos, marcados en cursiva, traducen una vivencia de estos misterios, del temor y respeto que suscita lo sagrado y el terror que se relaciona con lo maligno.

Mi primer abordaje no meramente teórico al tema del mito data de 1984, año de la publicación de *Seres sobrenaturales de la cultura popular argentina* de Ediciones del Sol, obra que incluía 261 seres, con ilustraciones realizadas por el dibujante Ricardo Deambrosi. Se puede decir que estas últimas constituyeron un aporte fundamental a la historia de una iconografía argentina del imaginario social (algo que en Europa se remonta a la Antigüedad), incentivando a otros plásticos a incursionar por este terreno desde la pintura, el dibujo, la escultura, la historieta e incluso el video. Una investigación posterior me llevó a enriquecer este catálogo, llevando el número de seres a 515, reunidos luego en el libro *Seres mitológicos argentinos*, editado por Ediciones Colihue, con ilustraciones de Luis Scafati. El presente volumen incluye imágenes de este reconocido dibujante mendocino y de Ricardo Deambrosi, a las que complementa con las realizadas por otros importantes artistas plásticos, como Alfredo Gramajo Gutiérrez, Carlos Gómez Centurión, Víctor Quiroga, Pedro Molina y Estela Cúneo Quiroga.

Este volumen, que reúne 42 seres mitológicos, está destinado de un modo especial a la educación media y primaria. Los textos pasaron por una leve adaptación de la escritora Gabriela Pomi, quien agregó además numerosas notas explicativas de una larga serie de vocablos no conocidos por el público general, y que forman parte de aspectos entrañables de las distintas culturas del país, que no pueden quedar fuera de los planes educativos. Gabriela Pomi tomó a su cargo la redacción de propuestas de trabajo, con ricas sugerencias a los docentes para el abordaje en el aula de este



complejo universo del imaginario, que nos pone frente a los procesos de dominación cultural y ayuda a reivindicar los valores y emociones que dan sentido a nuestra vida, defendiéndolos del autoritarismo de una razón siempre empeñada en desencantar el mundo.

Los seres sobrenaturales no son una herencia del pasado que debe morir para pavimentar el camino del progreso, conforme a los esquemas positivistas. Si defendemos la vigencia de estos paradigmas es porque nos asiste la certeza de que las culturas populares precisan de ellos a fin de no empobrecerse en el culto a los fetiches de la sociedad de consumo, para recrearlos e instalarlos en los nuevos espacios del mundo simbólico. También los necesita el sector ilustrado. ¿Acaso en Europa se olvidaron de los faunos, unicornios, ninfas, sátiros y centauros? Cualquier persona medianamente instruida nos dará allí una descripción de dichos seres, que también suelen atravesar las páginas de la literatura producida en América y posar incluso en las telas de los pintores de este lado del mar. ¿Por qué no sustituirlos por nuestros propios mitos, para pensar el mundo con paradigmas originados aquí? Hoy el fenómeno de la difusión masiva puede convertir a los productos de las culturas subalternas, aun de las más arrinconadas en las selvas y montañas, en un aporte significativo para la cultura nacional. Por eso, con toda deliberación, se ha recurrido al tiempo presente en la escritura, como un modo de afirmar la continuidad profunda de los símbolos primordiales. Porque estos seres sobrenaturales pueden instalarse, resignificados, en ámbitos muy diferentes, por obra de hombres y mujeres dispuestos a sacudirles el polvo de la desmemoria y echarlos a andar de nuevo por el mundo de las representaciones mentales, cargados con todo su antiguo prestigio. Y no hay que ser muy escrupulosos con los mismos, pues los mitos eternos resisten los cambios de máscara, y hasta apelan a ellos para mantener su capacidad de maravillar, de poblar el mundo de enigmas estremecedores.